

# **PREGÓN DE FERIA (Pedroche, Septiembre de 1.986)**

**Por Miguel Torres Murillo**

---

Sr. Alcalde, Autoridades, pueblo de Pedroche, invitados todos..., ¡Buenas noches!

Por amable invitación de nuestro Ayuntamiento, tengo el honor-inmerecido honor- de dirigirme a vosotros desde esta adusta balconada, ataviada con sus mejores abalorios, en esta plaza, galana y coqueta, tan entrañable para todos y cuya imagen, celosamente guardada en sus retinas, han hecho ilusionada realidad un año más, los hijos de Pedroche que, desde otros lugares de nuestra geografía, han acudido prestos a la llamada de sus Fiestas Patronales.

Tengo el honor, digo, de dirigirme a vosotros para pregonar vuestras Fiestas, mías también ya, al aire alegre de esta noche espesa y calurosa. Tarea difícil por cierto, no solo por la pobreza de mi verbo y la impericia en estas lides, sino y sobre todo, porque... ¡Qué mejor pregón que la belleza lozana de las mujeres de Pedroche y la recia bonhomía de sus hombres, congregados en este escenario, ebrio de luz y color, en espera de dar explosión a ese deseo, gozosamente contenido, de comenzar una vez más sus queridas y relajantes Fiestas!

Quisiera ser breve, porque la noche no se presta a pláticas sino a degustar nuestro buen vino y nuestro excelente lechoncillo, y al mismo tiempo narraros una pequeña y entrañable historia, no recuerdo si oída o quizá leída en un viejo libro...

“Podría tener unos 13 años. Ojos vivos en su rostro, moreno por el sol áspero del Valle y curtido por los aires secos y fríos de nuestros inviernos. Un rizo espeso y negro como el tizón que el aire quema perezosamente en las pardas piconeras de la dehesa, se le escapaba por debajo de un sombrero de paja, sucio y lleno de costurones. Con sus pantalones a media pierna, sujetos en bandolera por una soguilla de esparto y su morral de saya a la espalda, era el zagalillo más conocido del pueblo; el que mejor conocía las veredas y vericuetos de los duros pastos, en los que cada día pacía su escueto rebaño de ovejas; el que mejor ayudaba a encontrar la “merina” descarriada.

El zagal, cuyo nombre no cita esta historia, llevaba unos días atónito y perplejo, porque desde hacía por lo menos nueve días, los mayores del pueblo, hombres y mujeres con el presbítero a la cabeza, salían todas las noches y, en lenta procesión alumbrada con unas teas de pez maloliente, rogaban al Señor Dios acerca de un “tesoro” celosamente escondido y que ni los más viejos del lugar habían podido encontrar. Aquella misma noche, al calor de la amable chimenea de la casa grande, escuchó de labios de su abuelo, que el “tesoro” de las plegarias, era una imagen chiquita de la Virgen, de esa virgen querida que él nombraba en sus rezos ingenuos y que hubo que esconderla hacía muchos años, para preservarla de la rapiña y persecución de unas gentes venidas de otro país, de la tribu que llamaban de los “Al-mohades” y que nadie, ni él mismo, sabía el lugar de dicho escondite y que las procesiones tenían por objeto rogar a Dios para que propiciase el hallazgo de su querida Virgen.

Y el zagalillo que mejor conocía las veredas y los vericuetos, comenzó a buscar y a buscar... y un día, los vecinos del pueblo vieron llegar al zagalillo, jadeante como un lebrél tras la carrera, y que con palabras balbucientes y entrecortadas, les comunicaba el hallazgo:

¡Él la había encontrado! En el arroyo que dista un cuarto de legua de la población, en el pozo viejo de boca cegada con piedras! ¡Y había hablado con Ella!, y la Virgen le dijo querer quedarse en ese lugar y ser venerada allí para siempre.”

Ante este hecho milagroso, dice la historia, no recuerdo si oída o leída en un viejo libro, los vecinos del pueblo levantaron una Ermita blanca para su Virgen azul a la que, habiendo olvidado su antiquísima advocación de Nuestra Señora de la Esperanza, la llamaron de “Piedras Santas”, declarando sagrado el recinto de su aparición.

¿Verdad que os suena la historia?

¡Desde entonces, ese pueblo veneró a su Virgen azul en su Ermita blanca! ¡Desde entonces, ese pueblo le rezó a su Virgen azul en los momentos terribles de la sequía asesina... y recuerdan las crónicas que la Virgen escuchó siempre y que las compuertas del cielo se abrieron generosamente cada vez que su pueblo le imploró, como en el traslado del 6 de mayo de 1.869 y en la misma fecha de 1.896 y el 20 de mayo de 1.905 y en las rogativas de 1.918 y 1.925. ¿Cómo no iba a escuchar esos rezos de pueblo llano, casi infantiles? Seguro que los más ancianos recordáis esas coplillas. “Virgen María de Piedrasantas, la lluvia envía que hace falta... Sigán las lluvias Virgen María, tanto de noche como de día...”.

¡Desde entonces ese pueblo celebra sus Fiestas en honor de su Virgen azul, la de su Ermita blanca! Desde entonces ese pueblo... ¡este pueblo”!! se lanza en estas fechas a una exultante alegría y cada hombre, y cada mujer de Pedroche, esparcen a los vientos la imagen, que como una postal de lujurioso colorido, impregna sus retinas cada año:

“Ocho de Septiembre... Amanece suavemente. Se observa una inusitada actividad en las cuadras y corrales de nuestras casas blancas.

Relinchan los caballos, se mueven inquietas las lustrosas mulas. Los mozos colocan su rodilla sobre las musculosas panzas de las caballerías y aprietan fuerte las correosas cinchas. Se observan y ajustan los bocados. Sobre las mulas, se sujetan las “jamugas”. Afluyen a la plaza vecinos, forasteros, invitados. Se repujan los balcones. Suenan los platillazos y el bombo. ¡Ya vienen...! La calle estalla en colorido. Rosas rojas en cabellos negros de mozas guapas, relámpagos de mantas multicolores sobre las grupas de las bestias. Salpican a los más próximos los espumarajos orgullosos de los caballos, chillan escupiendo chispas los sufridos adoquines. Sobre las “jamugas”, al trote basto de las mulas, se bambolean con gracia las mujeres. Como rojas y veloces culebras zumban las varillas de los fugaces cohetes.

¡Es el día de la Virgen!  
¡Son los Piostros!  
¡Es nuestra gran Fiesta!

La comitiva se agrupa. Risas, gritos de la chiquillería alucinada. Con más alegría que nunca saltan las notas de los clarinetes y, como serpiente multicolor y bulliciosa, la caravana se desliza por nuestras calles limpias para enfilear la “cuesta del Molar”. El sudor brota áspero y a borbotones de los caballos; se aviva el paso. Ya se divisa, blanca, asomándose al Santa María, nuestra Ermita blanca, la de nuestra Virgen azul. El puente de doce ojos, robusto, serio, descarga la comitiva a la misma puerta de la Ermita. Restaña con alegría, con tozuda insistencia el badajo de la campana y a sus golpes, el bronce canta con júbilo. Se apelotonan los romeros entre los viejos bancos, ante el altar, en las entradas, se desborda el viejo coro. El olor pegajoso y negro de las lámparas de aceite y de los cirios que arden pesadamente enrarece el aire del interior pero la Virgen sonrío desde su trono plateado. Destellos dorados en las casullas blancas de los sacerdotes. ¡Calor, emoción, alegría! Y por la puerta de la Ermita salen, emocionadas, vivas, compactas, las notas de la plegaria más conocida y más querida:

“Virgen de Piedrasantas, celestial Patrona de este noble pueblo, Madre del Señor...”.-

Y esta imagen, mínimamente descrita con mis pobres palabras, es la imagen que cada hombre y cada mujer de Pedroche llevan grabadas en su corazón; éste es el verdadero pregón que cada “pedrocheño” proclama al aire gozoso de ese amanecer de un día de Septiembre.

¡Queridos amigos! me vais a permitir que termine este intento de pregón, jugando a poeta, parafraseando un viejo y castizo poema que escuché por ahí y que al hilo de estas breves pero sentidas palabras, se me ha ocurrido hilvanar en esta clara y bulliciosa noche:

“¿Que no conoces Pedroche,  
el pueblo blanco de viejos campos de trilla,  
de esbelta torres gris de recios sillares...?”

¡Tú no eres del Valle!

¿Qué no conoces Pedroche,  
el de antiquísimo Convento,  
las calles judías y la fuente árabe...?”

¡Tú no eres del Valle!

¿El de la princesa Cava,  
la católica Reina y  
el Gran capitán, Gonzalo Fernández...?  
¿No...?”

¡Tú no eres del Valle!

¿Qué no has vivido su fiesta grande,  
la de sus vaquillas,  
sus Piostros galanos,  
la de su Virgen amable...?”

¡Tú no eres del Valle!

¿Qué no conoces el pueblo de rancio abolengo  
de antiquísimos nombres:  
Baedro, Bitraws ,Pedroche  
y de las Siete Villas, madre...?”

Amigo, ¡tú, no eres del Valle!